



MADRID

La subasta para las obras de la Gran Vía ha quedado desierta. Yo no soy hombre de negocios ni siquiera maestro de obras, por desgracia para mí y para mis hijos, y no sé si ese pliego de condiciones en el que ningún capitalista ha querido morder, es una ratonera ó es un queso sin trampa ni cartón. Lo que sé es que Madrid es el pueblo más sin ventura de la tierra.

Por fas ó por nefas, porque se lo llevan todo la Diputación y la provincia ó porque se va, sin provecho colectivo, en los servicios ordinarios, el presupuesto del Municipio es insuficiente para hacer de Madrid una gran capital. Lentamente, se va ensanchando algunas calles, más por el exceso de dinero particular que en Madrid hay y por la afición de este dinero á edificar, que por la iniciativa del Municipio; lentamente se va mudando el pavimento y esto, ahora, en la misma proporción que hace cuatro años, cuando el presupuesto del Ayuntamiento no contaba con los dos millones que por razón de capitalidad le entrega el Estado. Yo no digo que los dos millones se evaporen ni se fuguen; aun pudiera decir que sé cómo esta cantidad ha vuelto al pueblo de Madrid, en jornales que han acallado muchas hambres.

Pero por este arbitrio, no dos, sino doscientos millones serían insuficientes para realizar la obra de transformación que Madrid necesita realizar, si ha de dejar de ser sentina y sepultura en una pieza. Y la desgracia de Madrid está en esto; necesita mucha más agua de la que tiene y el tercer depósito se hunde; necesita una ancha calle que arranque el centro de Madrid de la Puerta del Sol y la Gran Vía no se hace.

Es inconcebible que en una ciudad donde hay el dinero que en Madrid hay, no pueda el Municipio encontrar modo de derribar los mataderos actuales, que son focos de infección y alzar en pocos meses edificios que se parecieran siquiera á los mataderos que tienen, no Barcelona y Bilbao, sino Valencia y Zaragoza. Y las reformas de una gran capital hechas pausadamente y mezquinamente tienen este enorme inconveniente que en Madrid se toca y se ve en todo; que son inútiles.

No hemos de preparar el Madrid que hemos de vivir nosotros, sino el Madrid del siglo que viene. Gran cosa pareció á los madrileños hace veinticinco años el Mercado de la Cebada y hoy es insuficiente y advertimos que está mal situado y feamente construido. Del mismo modo estas calles que hoy ensanchamos y que nos parecen regularmente embellecidas porque bastan á las necesidades del momento, serán dentro de quince años tan estrechas para el movimiento y tráfico que ha de haber entonces que será forzoso volver á ensancharlas ó se resignarán nuestros hijos, como nos resignamos nosotros á recorrer, dándonos codazos y pisotones, las aceras estrechas de la Carrera de San Jerónimo, y de las calles Montera, Hortaleza, Fuencarral, Jacometrezo, Caballero de Gracia, Peligros, Barquillo, Príncipe, Carretas y Mayor.

Una de las más urgentes necesidades de Madrid, es, no derribar, sino arrasar los barrios bajos, desde la hondata de la calle de Segovia hasta la Estación del Mediodía; es brutalmente absurdo que Madrid mantenga aquellas callejuelas y casucas, aquellas tenerías y depó-

sitos de toda podredumbre que forman el Rastro y las Américas, si queremos que la cifra de la mortalidad decrezca. Estos días comentan los periódicos una estadística publicada por el Japón, que en la sequedad de sus cifras muestra claramente cómo se engrandece un pueblo y se fortifica una raza.

Esa nación que frente á Rusia va á la muerte estóicamente, sin volver la cara, sin retroceder un paso, con impasibilidad que á nosotros los occidentales, que amamos la vida, nos espanta, combate contra la muerte con el mismo denuedo en sus hogares. En 1897, hace ocho años, la viruela ponía en riesgo la vida de medio millón de japoneses. En 1904 los atacados de la terrible enfermedad han quedado reducidos á unos cuantos centenares.

No harían falta más datos que este para convencer á todo el mundo de que este pueblo, que defiende la vida de sus hijos, sabrá hacerlos fuertes, ricos y sabios y capaces de dominar el mundo. Porque no hay en la vida moderna más clara manifestación de cultura ni más seguro camino de poder que la Higiene.

En Madrid hay que perder la esperanza de ese arrasamiento salvador. Se confía, sin duda, en el advenimiento de algún Nerón, que quiera parecer tirano, aunque en el fondo de su alma no sea sino un gran artista y un gran misericordioso. Nerón, alcalde de Madrid, sería un ideal que tendría en nosotros muchos defensores.

Ahora, habrá que modificar el pliego de condiciones para la subasta de la Gran Vía, y habrá que empezar de nuevo expedientes y subastas para ver dónde y cómo hacemos el tercer depósito de las aguas. Entre tanto el verano avanza y los niños, cuyos padres no vayan á las playas y á los balnearios, se verán frente á frente de la viruela y el sarampión y la escalatina y el tifus, estos enemigos terribles que diezman nuestra población implacablemente.

Mayor afrenta debiera ser para un pueblo dejarse vencer por estas epidemias que por un enemigo armado, más rico, más poderoso ó más valiente, que al cabo á este enemigo cabe pedirle paz, y cabe consolarse con la posible esperanza de una revancha.

Madrid será víctima de estas vergonzosas endemias, mientras en grande, osadamente, brutalmente, saltando por encima del expediente, de la traba y de la rémora, no venga á nuestra Alcaldía un Riús y Taulet, que cuando no pueda derribar en nombre de la Ley lo haga en nombre del sentido común. Y entonces, este vecindario, al que la experiencia ha hecho escéptico, sería el más entusiasta defensor del que realizara la obra de saneamiento; le daría su dinero, su aplauso y su apoyo moral, porque en verdad más que garantías escritas en el pliego de subasta, lo que necesita la Gran Vía para hacerse, es un hombre de tesón que haga entender á todos estos intereses pequeños de propietarios y comerciantes, que son la traba y la rémora en los barrios que hay que arrasar, que la vida de un solo pequeñuelo tiene más valor para un hombre civilizado y para un pueblo culto que las ganancias de un inquilinado ó de un mostrador.

Dionisio PÉREZ